

LANE (Robert E.): *Problems of a Regulated Economy. The British Experience*, en «Social Research», vol. 19, núm. 3, septiembre 1952 (págs. 277-299).

Bajo la presión de la necesidad los socialistas británicos han llevado a cabo una «revolución prudente». Cambiaron con las elecciones los custodios de esta revolución, pero su sustancia permanece. La revolución tiene cuatro dimensiones: nacionalización de un quinto aproximadamente de la economía, despliegue de nuevos servicios y subvenciones del Gobierno, nueva distribución de la renta con tendencia al igualitarismo y el desarrollo y administración de controles sobre la porción privada de la economía. El autor limita su atención a este último rasgo. Estima que ya hay suficiente experiencia para contrastar con los hechos la contienda teórica entre Lippmann, Hayek y Jewkes, por un lado, y Wootton, Finer y Durbin, por otro. En conjunto —a la vista de un amplio material casuístico—, el autor cree que la economía regulada ha producido bienes en Gran Bretaña y que éstos han contrapesado sus desventajas, pero que éstas existen y son graves. Entre ellas pueden citarse: conflicto entre valores de equidad y valores de eficiencia, gastos enormes e innecesarios debidos a la alteración de los cálculos de mercado, exageración de los males de la burocracia, creciente intensidad de la presión política, oportunidades de burlar la ley y un hondo sentimiento de injusticia despertado por algunas disposiciones. Nos fijaremos en la primera y última, que caen dentro del campo de este ANUARIO. El Gobierno, a diferencia del mercado libre, ha de preocuparse de la moralidad, la justicia y la equidad de sus decisiones: pero ello en ocasiones dificulta la eficiencia del sistema económico. Así ocurre con la distribución de materias primas, que se reparten equitativamente a prorrato según un período base previo, que no tiene en cuenta los cambios de eficiencia y puede dar más materias primas a una industria antigua y decadente que a una nueva y mucho más capaz. Así ha ocurrido de hecho con ciertas industrias del aluminio y de los helados. El con-

flicto equidad-eficiencia presenta también otra cara. Cuando el Gobierno utiliza su poder para aumentar la eficiencia, ofreciendo incentivos al trabajo, suscita quejas basadas en la equidad. Así ocurrió en el caso de los mineros del carbón y los del hierro. Los primeros recibieron una ración especial de carne para inducir a la gente a trabajar en las minas de carbón, que atravesaban una gran escasez de brazos. Los mineros del hierro, con un trabajo igualmente duro, protestaron de la desigualdad; pero en vano, pues en su ramo no existía escasez de mano de obra. Existe, pues, un conflicto latente entre las dos valoraciones, y cuando la equidad es servida en algún sentido pueden resultar perjudicados los valores económicos y viceversa.

Por otra parte, la regulación económica ha incluido en el ámbito de lo delictivo actividades antaño indiferentes o ha dado origen *ex novo* a formas de criminalidad que no coinciden con el concepto de «crimen» preexistente. Aun en el nivel consumo, actividades que eran antaño simples deberes del ama de casa pueden llevarla hoy a tener tropiezos con los tribunales. Se ha creado, pues, una nueva forma de ilegalidad, cuyos problemas se ramifican a través de toda la estructura social. Burlar la ley con fortuna significa una ilegalidad respaldada por el éxito y una situación de privilegio respecto a quienes siguen cumpliéndola. Además, la ilegalidad en un ámbito quebranta todas las leyes y tiene un efecto corrosivo sobre el tejido de la estructura jurídica. Y en respuesta, el Gobierno suele aumentar su policía, intensificando su presión sobre la sociedad. Pero más importante aún que los problemas de violación y mercado negro es el sentimiento de injusticia que la regulación económica, aun necesaria y bien administrada, puede ocasionar. Restricciones gubernamentales de negocios privados en nombre del plan general, bien que a la larga puedan ser beneficiosas para los mismos a quienes se coarta, producen un sentimiento personal de injusticia, y no, como antes, uno de fracaso ante un mercado impersonal, aunque acaso éste le hubiera acarreado consecuencias más graves y perniciosas. — FRANCISCO MURILLO.